

XI (1).

El discurso del emperador (27 de enero de 1862) en la apertura de la sesión del cuerpo legislativo, fué muy lacónico al referirse á las cuestiones exteriores. Explicaba rápidamente la expedición de México por la necesidad de proteger á nuestros nacionales y de reprimir atentados contra la humanidad y el derecho de gentes.

Las pasiones, que se agitaban en las conversaciones y en las polémicas periodísticas, se dieron libre pábulo en la discusión de la *adresse* (2), en la cual podía decirse todo lo que se pensaba, sin temor de una reprimenda.

1 Este párrafo no pertenece al capítulo de la obra de Ollivier en que se comienza á tratar de los asuntos de México: lo he formado entresacando de los capítulos siguientes, fragmentos directamente relacionados con dichos asuntos. Pero hay otros que indirectamente se refieren á ellos y que es bueno conocer. Así, refiriéndose á la guerra de Secesión, dice Ollivier: «Turbado por sus secretos designios de establecer en México una monarquía, el emperador llegó á considerar la guerra que dividía en dos la confederación de los Estados Unidos, de una manera diferente de como la habría considerado si hubiese estado libre de esa preocupación. Nuestro gobierno habría debido, por inspiración propia, pronunciarse abiertamente en favor del Norte. Pero, para complacer á Inglaterra, se marcó como línea de conducta no hacer nada con respecto á los Estados Unidos, sino de acuerdo con ella. Parecía que la nación que había cifrado su honor en destruir la trata de los negros, se colocaría sin vacilar del lado del gobierno que entraba en lucha contra los esclavistas. Pero los hombres de Estado ingleses rara vez se dejan guiar por consideraciones humanitarias cuando no tienen interés en ello, y nunca cuando el hacerlo les perjudica; y como la Secesión determinaba, por la escasez del algodón, una crisis manufacturera, y despertaba la esperanza de ver debilitarse á una potencia de la cual temían la rivalidad marítima, así como, siendo *ultraitalianistas* en Roma, eran partidarios de Austria en Venecia, siendo enemigos de la esclavitud en cualquiera otra parte, le eran favorables en los Estados del Sur, é hicieron que Francia reconociera á los separatistas rebeldes la calidad de beligerantes, lo cual implicaba una declaración de neutralidad.» Y refiriéndose al conflicto religioso, entonces latente en Francia, el autor de *El Imperio Liberal* dice: «La oposición del partido conservador religioso no depuso las armas á pesar de las apariencias clericales de la expedición de México, ya fuese porque adivinaba sus secretos fines, ó porque todo servicio hecho á la religión le pareciera falta de sinceridad mientras el papa no estuviese á cubierto de las empresas italianas.»—NOTA DEL TRADUCTOR.

2 En el lenguaje parlamentario francés, la palabra *adresse* significa en

En esa discusión, los Cinco (1), que habían ya experimentado la eficacia de su método, renovaron las proposiciones de enmienda del texto de la *adresse* que habían presentado el año anterior. La referente á los asuntos de México decía: «Vemos con pena que comienza la expedición de México. Su objeto parece ser intervenir en los asuntos interiores de un pueblo. Invitamos al gobierno á que no trate de obtener más que la reparación de nuestros agravios.»

El marqués de Pierres lanzó algunas de sus cuchufletas, que exasperaban á la mayoría tanto cuanto la divertían, y tuvo una salida muy chusca al referirse á las *expediciones libertadoras*: «Lo que hay de más considerable en el asunto italiano (porque tengo demasiada fe para inquietarme por el papado) es que, por quien sabe cuánto tiempo, Italia es nuestra hermana y van á pesar sobre nosotros sus faltas, sus extravíos, sus pasiones desordenadas. Ah! cuán preferible nos fuera no tener tal hermana! Y sin embargo, ¿acaso no vamos á tener en México otro hermanito (*risas*) que libertar y proteger? (*carcajada general*) ¿Y China? ¿Y Siris? ¿En dónde acabará nuestra familia?»

Pero nadie hacía hincapié en la expedición de México, que comenzaba apenas. Sin embargo, la intriga culpable que la motivaba fué denunciada. Tocó ese honor á Aquiles Jubinal, miembro de la mayoría, que fué ese día digno de ser uno de los Cinco «Si vamos á México, dijo, formando séquito á los conspiradores vulgares cuyos nombres ha publicado la prensa, para derrocar ahí á un gobierno libre é imponer á una nación que no debe depender más que de sí misma, una forma cualquiera de gobierno, yo me permito preguntar al nuestro, qué ha hecho del gran principio de no-intervención que ha proclamado y defendido en otras partes? ¿Reprocháis á México sus revoluciones? Dicho sea sin burla, ¿acaso en los últimos setenta años no hemos visto sucederse en Francia una docena de gobiernos?

general un manifiesto en que un cuerpo constituido ó la nación entera expresa al soberano sus temores, sus esperanzas, sus deseos, sus regocijos, en fin, las pasiones que le agitan. Suprimida, después de la revolución de 1848 la facultad del poder legislativo para formular esa clase de manifiestos, había sido restablecida en 1861.—NOTA DEL TRADUCTOR.

1 Con ese nombre se designaba á los jefes del partido liberal en el seno del cuerpo legislativo. Eran: Julio Favre, Ernesto Picard, Darimon, Héron y Emilio Ollivier.—NOTA DEL TRADUCTOR.

¿A qué título iremos á atacar á un pobre pueblecillo de allende el océano, que nos envía el eco lejano de los principios que han fundado nuestra nacionalidad? Su gobierno actual es un gobierno regular; Juárez es su jefe incontestable; ninguna ciudad protesta contra esos hechos; no hay rebelión alguna. Dadle tiempo para que se constituya y os pague.»

Julio Favre no tuvo que desarrollar estas prudentes consideraciones. Su discurso se resume en las proposiciones siguientes: «El objeto de la expedición no es el cobro de deudas cuyo pago se niega. No se hace la guerra á un Estado para obligarlo á pagar sus deudas; las deudas que reclamáis, setecientos cincuenta mil francos líquidos y diez millones litigiosos, no justificarían una expedición cuyos gastos serán mayores que las sumas exigidas. Juárez no se niega á pagar: pide esperas. Bastaría, por lo demás, para constreñirle, si ello se hiciese necesario, apoderarse de las aduanas de Veracruz y Tampico. No vais, pues, á México como acreedores; vais como invasores, para entronizar, contra el derecho de gentes, á un archiduque austriaco. Si lo lográis, temed los resultados de vuestro suceso: os volvería á colocar en una situación idéntica á la que pesa sobre vosotros en Roma; estaríais obligados á proteger, por medio de una ocupación indefinida del país, el orden de cosas que habríais ido á establecer.» La lluvia y el granizo que caían con violencia sobre la vidriera del techo, cubrían por instantes la voz del orador; pero él proseguía imperturbable, en medio del fragor celeste, su elocuente demostración.

El ministro Billault apenas se dignó contestar. Declaró que la idea de entronizar á un archiduque no entraba para nada en la expedición; que había sido desmentida por el ministro de Negocios Extranjeros, y que no se iba á México más que á imponer el respeto de nuestros nacionales y el cumplimiento de compromisos violados desde hacía largo tiempo. «¿Y es oportuno, añadió, mientras nuestros soldados marchan sobre México, tratar de demostrar aquí que sólo son los instrumentos de una intriga y que la guerra en que van á derramar su sangre es una guerra ilegítima?» Y terminó asegurando soberbiamente la victoria: «Nuestras tropas van á la capital de México: habiendo salido en esa dirección el 20 de febrero, ahí deben ya estar.» (1)

1 Sesión del 13 de marzo de 1862.—NOTA DEL AUTOR.

Transcurrieron algunas semanas, y en lugar de anunciarnos que las tropas estaban ya en México, se nos notificó que habían sido rechazadas frente á Puebla y se nos pidió dinero para enviar refuerzos. ¿Qué había, pues, sucedido?

